



¿QUÉ ES MORIR CON DIGNIDAD?

No es raro encontrarse hoy con personas que se tienen a sí mismas y son consideradas por otros como dignas y honorables y luego ven como natural que alguien acabe con la vida de un enfermo desahuciado, para ayudarlo, dicen, a morir con dignidad. Reconozco, ciertamente, que nada hay tan expeditivo y terminante como acabar con el sufrimiento, eliminando a quien lo sufre. Perdonen el símil zoológico del refranero, que nada encierra de sarcasmo ni de falta de respeto al difunto: Muerto el perro, se acabó la rabia. La cosa vista así, porque así es en definitiva, no deja de producir cierto estupor en los que no asumimos las motivaciones y argumentos de quienes defienden la eutanasia, ya salió la palabra, y piden que las leyes la autoricen, sacándola como

delito de los códigos penales de todos los países, con excepción ahora de Holanda.

Para abordar el asunto con todo el rigor y respeto que merece, se impone, lo primero, establecer una definición de Eutanasia, que acepten como tal tanto sus defensores como sus impugnadores. Todos reconocen un confusionismo selvático en el lenguaje utilizado para hablar de este fenómeno. Imposible recoger, ni tan siquiera resumir aquí las disquisiciones y matizaciones eruditas que se barajan al respecto. Me atengo por ello, sin más, a las líneas maestras del escrito más clarificador que he manejado sobre el caso:

“La Eutanasia: cien preguntas y respuestas sobre la defensa de la Vida humana y la actitud de los católicos”. (Ediciones Palabra. Madrid)

Elaborado durante largos meses por un Equipo de trabajo interdisciplinar (médicos, filósofos, farmacéuticos, enfermeras, teólogos, juristas y moralistas) a requerimiento del Comité episcopal para la defensa de la vida, que presidía a la sazón el Cardenal Jubany, este opúsculo fue refrendado y hecho propio por dicho Comité, con el respaldo de la Conferencia Episcopal, en febrero de 1993. Un trabajo, compruébenlo, de notable ponderación conceptual y expresiva, que recoge con fidelidad los argumentos de la otra parte y razona, punto por punto, las posiciones cristianas sobre la eutanasia, sin el menor tinte agresivo. Se nutre como es obvio, de las enseñanzas magisteriales de la

Iglesia en encíclica "*Evangelium vitae*" y en otras declaraciones doctrinales de la Santa Sede y de la Conferencia episcopal española.

Empiezo por tomar de esas cien preguntas la definición misma de Eutanasia. Por tal se entiende:

"La actuación cuyo objeto es causar la muerte a un ser humano para evitarle sufrimientos, bien a petición de éste, bien por considerar que su vida carece de la calidad mínima para que merezca el calificativo de digna" (N.4).

EL HOMICIDIO POR COMPASIÓN

¿Quién va a criticar que se amortigüe o se suprima el sufrimiento de un enfermo terminal? Jesús valora altamente la cercanía compasiva de los sanos hacia los enfermos: "*Estuve enfermo y me visitasteis*". El se presentó a sí mismo como ungido y enviado para curar todas las dolencias y sanar los corazones rotos. La labor hospitalaria y el cuidado amoroso de los enfermos y de los impedidos empapa de amor la presencia bimilenaria de los cristianos en la historia humana. Nadie menos que dos sacramentos, entre los siete fundamentales. La Eucaristía como viático y la Unción de enfermos, confortan desde los tiempos apostólicos a los cristianos con dolencias graves. Cuenta mucho en la Iglesia de nuestro tiempo, la llamada Pastoral Sanitaria, que fomenta en los laicos, personas consagradas y presbíteros, el

ministerio entrañable de la visita a los más débiles, por sus dolencias, sus minusvalías, los achaques de la vejez.

Nada resulta, por eso, tan calumnioso ni grotesco como acusar a la Iglesia de indiferencia o dureza de corazón, por no plegarse a la eutanasia. Nada que objetar contra los sentimientos compasivos y el empeño liberador del sufrimiento, que muestran los inductores de la misma, e pro de los enfermos terminales, de los discapacitados profundos, fetos malformados, ancianos con quiebras físicas o mentales irreversibles.

El dolor, y el sufrimiento que éste conlleva, no es para nadie una obligación, ni humana ni cristiana. Es legítimo, noble y obligado para los médicos, farmacéuticos, psicólogos y profesionales sanitarios en su conjunto, el empeño científico, clínico y humanitario, por aminorarlo hasta donde lleguen sus posibilidades, sin llegar al llamado y temido "ensañamiento terapéutico". Pero ni la antropología profunda ni el humanismo cristiano, consideran el dolor y la muerte corporal como males absolutos, no ensañarse con nadie para atrasarte la muerte; pero tampoco convertir a esta en terapia contra el dolor.

LUCHAR CONTRA EL SUFRIMIENTO

Háblase hoy, incluso en documentos de la Iglesia, de tres respuestas al sufrimiento de los enfermos terminales: la ***distanasia***, que sería el encarnecimiento terapéutico; la ***ortotanasia***, que es lo

que siempre hemos llamado una buena muerte, asistidos de cuidados médicos, hoy llamados paliativos, rodeados del cariño de familiares y amigos, confortados con los sacramentos de la fe y con la oración personal en expresiones muy sencillas. La ayuda espiritual estaría sustituida por la psicológica en los carentes de fe. El tercer camino de salida, descartada la ***eutanasia***, sería la medicina paliativa que va convirtiéndose ya en una nueva rama de esta profesión nobilísima. Eso sí que es compasión por el ser humano, respeto ante las leyes de la vida y de la muerte. En el misterio que empapa y envuelve el origen y el término de nuestro destino en este mundo.

Llamar muerte digna a la eliminación, más o menos encubierta, de un ser humano es una perversión del lenguaje ético, que ofende a la profesión médica y al sujeto que la padece, aunque lo haya solicitado él mismo. Se trata, en última instancia, de la decisión sobre la vida de una persona, sea la propia o la ajena, de un suicidio u homicidio, que chocan con la conciencia moral y, por supuesto, con la ley divina del "No matarás". Convertir eso en campaña, contaminarlo con acentos políticos, presentándolo como un progreso en libertad o felicidad, mueve al llanto. Y que todo esto se acepte como normal por personas excelentes incrementa el caudal de las lágrimas.

CULTURA DE MUERTE

Hubo un momento en la Europa del siglo XX en el que su pueblo más culto, el alemán y sus minorías más egregias, los intelectuales y los filósofos, se contaminaron del racismo ario, y se pudrieron por dentro, ellos y sus conciudadanos, hasta los abismos que tanto deploramos hoy. Vino luego una nueva ocasión, en la Europa de los sesenta-setenta, en la que el marxismo más hueco y cursi, ya sin el latido obrero, se adueñó de las universidades de Occidente, como moda intelectual y connivente con la opresión flagrante en la Europa del Este. El muro de Berlín acabó con esa tragicomedia.

Si la Unión Europea del siglo XXI se aferra a la "cultura de la muerte", con abortos multimillonarios, alargando la edad de perpetrarlos, almacenando embriones humanos y regalando las píldoras del día después; y añadiendo a todo eso la eutanasia rampante, presentada como un progreso en libertad, uno no quisiera ser profeta de calamidades, pero no puede ignorar tampoco este tercer delirio de oscuros presagios. Quiera Dios que no se cumplan.